

Medio	Revista Capital
Fecha	4-1-2013
Mención	United colors. Mención a Adneud Desinord, haitiano estudiante de Ciencia Política y Relaciones Internacionales en la UAH.

UNITED COLORS

LA MAYORÍA SIGUE SIENDO PERUANOS, ARGENTINOS O BOLIVIANOS. PERO CADA DÍA HAY DE MÁS NACIONALIDADES Y RAZAS DISTINTAS. SON 370 MIL LOS EXTRANJEROS QUE HAN ELEGIDO CHILE PARA HACER SUS VIDAS.



POR M. CRISTINA GOYENECHÉ
FOTOS: VERÓNICA ORTIZ

De impecable pantalón negro, polera calipso y cortaviento blanco, Adneau, deslizándose por las escaleras mecánicas del mall Plaza Alameda, es uno más entre quienes dan vueltas por el centro comercial un mediodía cualquiera de diciembre. Pero Adneau no es uno más. No pertenece al barrio en el que vive, pese a que fue el sector de Estación Central el que lo recibió el 2009, y no nació en Chile, sino que en el calor húmedo de Haití, hace 27 años. De caminar pausado, más de dos metros de altura y una piel tan morena que los colores de su ropa parecen aún más brillantes, la mirada de este joven que ya formó familia acá, luce como si estuviese en otra parte.

Manos en los bolsillos, incluso altivo, Adneau tiene conciencia plena de que está para otras cosas. Grandes cosas. Llegó a Chile con su hermana, un primo y dos amigos, buscando un lugar en el que trabajar y ahorrar dinero para luego partir a otros destinos, ciertamente más cálidos. Soñaba con estudiar y viajar. Cargó y descargó en Lo Valledor, y se paseó por construcciones, bombas de bencina, tiendas y restaurantes de comida rápida. Se enamoró de otra haitiana, tuvo un hijo en estas tierras y vio que sus planes de partida tomarían más tiempo del previsto.

Hasta que el destino hizo su jugada. Convertido en líder de su comunidad en Santiago –decidido a ayudar con el idioma y burocracias varias a sus compatriotas que llegaran a Chile–, asistió al Encuentro Internacional de Globalización y Humanidad realizado en Portillo, hace algo más de un año atrás. En esos pasillos conoció a Paola Luksic y fue ese encuentro el que le permitió golpear su puerta cuando quiso estudiar. Becado por la Fundación Andrónico Luksic, acaba de terminar su primer año de Ciencias

Políticas y Relaciones Internacionales en la Universidad Alberto Hurtado y, en paralelo, cursa un diplomado en Derecho Laboral y Migración en la Universidad Católica. Estudios que se suman a lo que ya había avanzado en Haití como Técnico Aduanero, y dos años de Gestión de Asuntos Comerciales y Recursos Humanos.

Pero Adneau, alentado por el muro con que chocan sus compatriotas al llegar a Chile, habla como si fuera abogado. Se conoce el Código del Trabajo y las normas migratorias chilenas de atrás para adelante, con sus vicios y con las propuestas para perfeccionarlas. Porque conoce en primera persona los dos círculos sin intersección que tiene Chile. Palpa a diario la rudeza de la discriminación que viven sus coterráneos frente a un jefe o un funcionario público tras una ventanilla y, en paralelo, la acogida franca y abierta de sus profesores y compañeros en la universidad.

Dice que Paola Luksic quiso ayudar a Haití invirtiendo en él, en su educación, para que cuando regrese a su país esté mejor preparado y, desde esa posición, ayude a cambiar las cosas. A mejorarlas. Ese es su sueño.

Adneau Desinord es uno de los más de 370 mil inmigrantes que viven en Chile, según cifras de Extranjería. Y una minoría dentro de otras colonias extranjeras residentes, como la peruana (140 mil), argentina (61 mil), boliviana (25 mil), colombiana (14 mil), española (11 mil), norteamericana (10 mil), alemana (7 mil) y china (5 mil).

Suerte, azar, estabilidad económica, amores inesperados, clima benigno, seguridad, comunidades sólidas, crisis financieras en dominó más allá de la Cordillera de los Andes... Las razones por las cuales un extranjero se radica en Chile tienen una dispersión incuantificable. Lo concreto es que en la última década, y con fuerza en su segunda mitad, la diversidad de colores, razas e idiomas aumenta. Basta decir que en diez años la cantidad de mujeres extranjeras que tuvo sus hijos en Chile se triplicó.

Qué más patente que entrar a un restaurante del barrio Bellavista y encontrarse a un joven camerunés, ex futbolista profesional en su país, sirviendo tragos en la barra; a un chef francés avecindado en Chile con su familia a cargo de los fuegos y los wok que transportan a sus comensales a Saigón, y a Dominique Thuy Trinh, una menuda y activa vietnamita de piel

lúcuma que tras mucho tiempo viviendo en Francia, se la juega desde hace cuatro años por hacer que la comida casera de su niñez se gane un espacio en el paladar de los chilenos. Las mesas están reservadas con anticipación y la dueña –que por cierto disfruta al máximo la cazuela, el pebre y las machas a la parmesana– espera recibir como Dios manda a su amiga Susana Schnell, una norteamericana que desde hace más de diez años transporta santiaguinos a Marruecos, con sólo sentarlos en la terraza de su Zanzíbar en BordeRío. Pura interculturalidad en una simple noche de verano.

Hoy, coreanos y chinos; italianos, franceses y españoles; uruguayos y taiwaneses; griegos, africanos, hindúes y pakistanés comienzan a moverse a diario en el Transantiago, inscribirse en los colegios, tener sus hijos en estas tierras y, como gran bendición para nosotros, incorporar sus recetas a un buen puñado de restaurantes. Y si una buena manera de medir estas nuevas inmigraciones es usando los números –las visas de residencia crecieron un 27% el período 2011/12– otra muy eficiente son las cocinas que se abren en las calles santiaguinas. Bistró franceses, parrilladas uruguayas, iniciativas rusas y griegas de verdad se suman a los más de 150 locales de comida peruana contabilizados. “Nunca se había visto mejor cocina en Chile por su diversidad y calidad”, es el juicio categórico del crítico Carlos Reyes.

BLANCO Y NEGRO

Lina Nordström es la contracara de Adneau. De ojos claros y piel casi transparente, fue en Google donde buscó un país exótico para hacer un intercambio estudiantil y se encontró con Chile. Con 21 años, esta sueca aterrizó el 2002 en el patio de la Facultad de Economía de Universidad de Chile, esperando estar ahí por cinco meses. Lo primero, y casi único, que se propuso, fue que absorbería el idioma y la cultura local en un nivel superlativo. Lo suyo fue mezclarse con los chilenos al máximo, “salvando en las notas” y no haciendo esfuerzo alguno por contactarse con la comunidad sueca residente. De hecho, si hay algo que extraña cada vez

que viaja a Suecia de vacaciones, eso es el pisco sour.

Un *esahuevaeslacagá* lanzado cual exocet por una de sus compañeras fue la primera vez que sintió estar fuera de órbita. Ella, que creía dominar un español bastante aceptable, aquí se vio frente a un nuevo idioma. Por cierto que se trataba del más puro “chilean slang”. Empeñada como estaba, lo aprendió rápido. Y hoy si bien no es chilena, su vocabulario, los tonos y énfasis lo son al mil por ciento.

Los cinco meses iniciales que esperaba estar se desvanecieron rápido. Terminó sus estudios en Suecia y regresó para tener en Chile su primera experiencia laboral internacional, empleándose en una empresa farmacéutica. Hacía su maleta para regresar cuando le llegó una nueva propuesta, sumándose al departamento de marketing de una automotora. Luego vino su matrimonio con un chileno y el nacimiento de su primer hijo.

Cuenta que la maternidad la llevó a ver un Chile que no conocía o, al menos, que poco y nada le importaba. Estando sola sabía que era libre de regresar a casa cuando quisiera. Ahora, todo es de otro color. “Tener un hijo en una clínica privada es mucho mejor que hacerlo en Suecia, el tema es que no todo el mundo puede hacerlo y lo mismo pasa con la educación y la salud. Si yo no trabajo como loca, mi hijo no va a tener las mismas posibilidades, donde lo privado es mejor que lo público. En Suecia, en cambio, la salud y la educación es gratis y de igual calidad para todos, por lo que siento que allá es más protegido”, expresa una nostálgica Lina, quien por primera vez añora las cuatro horas de luz que hay por estos días en Suecia, mientras por la ventana mira cómo caen los patos asados en Santiago.

¿SALIMOS EL VIERNES?

Tener invitaciones casi al instante de conocer a alguien fue una sorpresa para la socióloga española María José Provedado. Apenas pisó nuestro suelo –siete meses después de que lo hiciera su novio chileno al ver que en Madrid las oportunidades se desvanecían–, las personas que conocía a diario, en la calle, en el barrio, tras una mínima conversación, la invitaban amablemente a sus reuniones. “*Voy a hacer un asado, ven a mi casa*, me decían. Y yo pensaba, ¿cómo puede ser ésto si nos conocemos hace dos horas?”, cuenta entre risas María José. El mismo asombro le causó que los chilenos soltaran regularmente un “juntémonos el viernes” sin que necesariamente esto fuera verdad. “En España si dices eso ya es cita. Yo me acuerdo de haber llamado un jueves para cerrar los detalles de la salida y encontrarme con frases como “Ahhhh..., como no volvimos a hablar, ya armé otro panorama”.

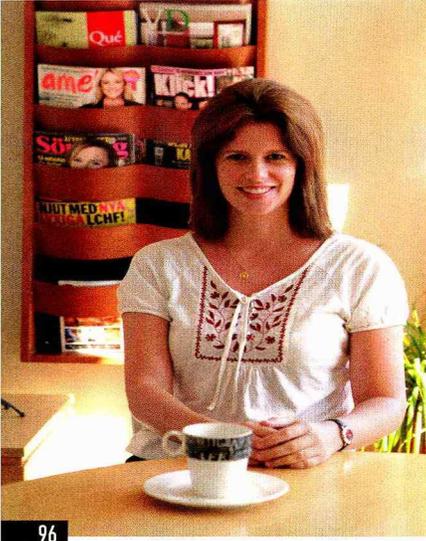
Esa informalidad que para la vietnamita Dominique es tan llamativa –“me gusta poder tomarme 15 minutos en el trabajo para bajar a la calle a fumar y tomar café”– para la madrileña María José fue difícil de entender. “Los españoles nos caracterizamos por ser informales y tardones, pero lo que me encontré en Chile era un grado dos de informalidad. Son mucho más desordenados, sin planificación y actúan bastante sobre la marcha” lanza.

Grifo, bombilla, vegetales... palabras simples, castellanas, pero que a María José también la llevaron a tener que saltar la famosa valla idiomática. Dominique, quien antes de llegar a Chile tuvo que buscarlo en el mapa, cuenta que la gente con la que se topó hizo mucho esfuerzo para escucharla y entenderla durante sus primeros meses acá.

Para la norteamericana Megan McManus, profesora de Inglés en el colegio Nido de Águilas, el español es un desafío que se ha propuesto salvar. Directo desde su Virginia natal, desde la escuela pública donde trabajaba a los patios de un colegio en lo alto de Lo Barnechea, donde todos los niños y profesores hablan fluidamente inglés, la necesidad de tener que saber español es mínima. “El chileno es muy difícil de aprender, pero ahora, con el nacimiento de mi hija, me he propuesto practicarlo más seguido”, cuenta. Michelle Crosbie, también profesora del high school, destaca el buen nivel de vida que pueden tener dos profesores como ella y su esposo en Chile, versus lo que sería en Estados Unidos. Viven cerca del Nido de Águilas, sus dos hijos estudian ahí y pueden quedarse en sus patios mientras ellos hacen clases. Acaban de comprarse una casa y viajan constantemente por los alrededores de Santiago, Santa Cruz, la playa, las montañas. En orden de importancia, tres son las cosas que a Michelle le parece reprueban la asignatura: la cantidad de perros vagos, el nivel de robos y el clasismo de los chilenos. ●●●

LINA
NORDSTRÖM

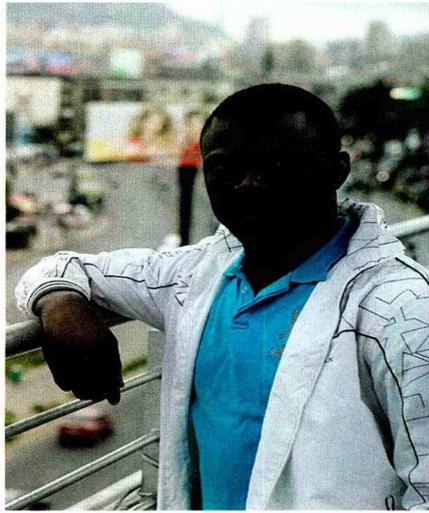
Forneas y as
Derecho Labo
Haití como T



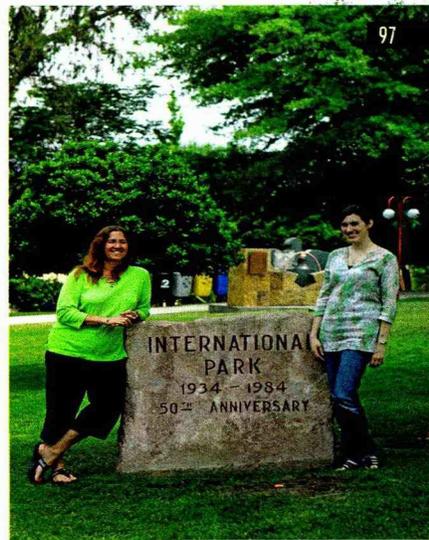
96

DOMINIQUE
THUY TRINH

1



ADNEAU
DESINORD



MEGAN
MCMANUS
Y MICHELLE
CROSBIE



ENTRE 2011 Y 2012, LA SOLICITUD DE VISAS DE RESIDENCIA CRECIÓ EN UN 27%.



EN LA ÚLTIMA DÉCADA, LA CANTIDAD DE MUJERES EXTRANJERAS QUE TUVO SUS HIJOS EN CHILE SE TRIPLICÓ.

